



La visión cosmológica en la poesía de Renée Ferrer

Ronald Haladyna

Por más de cuatro décadas, una de los autores sudamericanos más versátiles y prolíficos ha sido la paraguaya Renée Ferrer (Asunción, 1944). Además de veintitrés poemarios y antologías de poesía (algunos han experimentado múltiples ediciones), ha publicado libros de cuentos, novelas, obras teatrales, adaptaciones de sus novelas para el teatro y su tesis doctoral en historia. Sus poemarios y obras narrativas han sido traducidos a francés, inglés, alemán, sueco, rumano, portugués, italiano, y hasta guaraní. Ha ganado numerosos premios literarios nacionales e internacionales y sus poemas han sido incluidos en varias antologías internacionales. Reside en Asunción.

Dentro de esta amplia trayectoria de la poesía de Renée Ferrer, resulta imposible apreciar un hilo conductor temático o estilístico, ya que se percibe un deseo de abarcar un vasto panorama de la realidad percibida, recordada o imaginada. En todos sus poemarios, ella contempla la condición humana, sus percepciones, experiencias, pensamientos y aspiraciones. Pero con este estudio, me limito a considerar un solo aspecto que aparece esporádicamente en el espacio poético: el marco cosmológico, es decir, una marcada conciencia de nuestro sitio temporal y espacial dentro del panorama de la infinitud y la eternidad. Se pretende examinar cómo la poeta impone en poemas de varios libros un marco espaciotemporal, una manera de medir o de aislar nuestra distancia del principio y del fin del tiempo conocido o imaginado, así como de nuestro lugar en un momento indeterminado dentro del universo. El marco espaciotemporal es instrumental en reafirmar el estado anímico de la conciencia dialogante.

Los títulos mismos de algunos de sus libros, *Peregrino de la eternidad* (1985), *De la eternidad y otros delirios* (1997), *El ocaso del milenio* (1999) captan la





esencia de una visión temática que se encuentra en varios de sus poemas integrantes: rebasa la función de establecer un simple escenario cotidiano para abarcar y maravillarse del juego entre la imaginación, el tiempo y el espacio. *Peregrino de la eternidad*¹ consta de una serie de poemas fechados entre 1972 y 1984, pero desplegados acronológicamente para formar una especie de hilo narrativo en el cual la poeta deambula hacia algún destino incierto e indudablemente lejos, con un deseo de descubrir alguna verdad primigenia que en el ámbito terrestre ya no se encuentra. Aunque no sugiere un momento definitivo de arranque para su infinita trayectoria, la poeta lo plantea de una manera más que etérea: “Comencé con el tiempo / en las colinas de un astro intemporal / para ser peregrino taciturno / de la eternidad” (12). La viajera cósmica no ofrece referencias específicas de lugar y fecha para el inicio de su peregrinaje; se une a un fluir cósmico, un viaje interminable en el cual retorna “a la inmensidad” y reflexiona: “¿Qué fui en la distancia elemental, / que ya no tengo / de aquel primer latir ningún recuerdo?” (12). Se pinta en los primeros cuatro versos una escena de un inimaginable aislamiento espaciotemporal: “Islas surcando el infinito, / embriagadas de inmensidad. / ¡Qué largos caminos te conectan, / cuán breves se tornan hacia atrás!” (13). Como ocurre en varias instancias en estos poemas, la voz poética se percibe a sí misma como un ser pensante sin ningún nexo preciso con una geografía ni una época determinadas. Sin hitos reconocibles, sin recuerdos de su procedencia o destino final, ni mucho menos los motivos del viaje, la viajera no tiene más opción que seguir recorriendo el espacio con la sola esperanza de llegar a un desconocido paradero final. Durante este errante recorrido sideral es notable que, al omitir cualquier referencia al cosmos en su derredor, paradójicamente se genera una imagen vaga pero asustadora de la inmensidad de lo interminable de la peregrinación galáctica. Asimismo, con la descripción de lo eterno de su recorrido, el lector se percata de que la poeta pausa sólo momentáneamente para compartir la reflexión de que la existencia humana no debería durar solamente como una breve llamarada en la oscuridad. Este ser pensante anhela y busca un fin más digno, significativo y duradero para sí mismo y para la humanidad.

En poemas sucesivos en *Peregrino de la eternidad*, la poeta refuerza esta idea con versos como los siguientes: “Qué tristemente lejos de la aurora / boga este barco nuestro hacia las sombras” (14); “Y somos, como entonces, / tras un cándido sueño / de inmortalidad, / tan sólo hombres” (17); “Transcurrir de horas

¹ Renée Ferrer, *Peregrino de la eternidad. Sobreviviente*, Alcándara, Asunción 1985.





desgranando / la verdadera dimensión del tiempo” (22); “Sentir en el alma / el llamado imperioso / de la eternidad” (23); “Y allí / tú, / nosotros, / en algún lugar, / desandando los derroteros / del universo” (26); “¿Qué es el hombre, perdido, solitario, vagando / de galaxia en galaxia, de sollozo en latido, / si no tiene unas manos trémulas, aguardando / el momento preciso de llenar su vacío?” (31); “Te vas / por el incierto sendero / de la eternidad, / traspasando el horizonte / del silencio, / hacia la paz absoluta, / hacia el enigma, / hacia la diáfana quietud / de estáticas soledades remotas” (32). Todas estas breves referencias sirven como constantes recordatorios de que con la percepción o evocación de cualquier momento vivencial —no importa lo prosaico o lo cotidiano que sea— se puede subentender un trasfondo galáctico que sirve para contextualizar sobriamente el tenue e incierto estado de la humanidad ante los inconcebibles misterios cosmológicos. Estos versos que pintan un cuadro de un viaje enfrentado con formidables obstáculos —la absoluta soledad durante años luz de travesía y la ausencia de referencias físicas para guiarse— sugieren una trayectoria doble: la física y la metafórica: se efectúa en la imaginación.

Tal vez el ejemplo más representativo y gráfico de las referencias cosmológicas en la poesía de Renée Ferrer se encuentra en un breve poema titulado “Omni-bus” Aquí la poeta, recordando una experiencia de su adolescencia describe cosas nada extraordinarias que uno normal y distraídamente observa desde su asiento en un ómnibus durante un viaje a no importa dónde. De repente, se percató de que “... entre tanto, / el pulso del cosmos se ha sentado en mi asiento / sin que me diera cuenta”². Es un suceso que años después le motiva a la poeta a escribir este poema. Independientemente de su manejo artístico de lenguaje, la poeta, como una asidua observadora e historiadora de realidades —presente, pasada o futura— reconoce que todo fenómeno figura como efímero y tal vez común y familiar, pero también como único, y por ende digno de maravillarse. Parece sugerir que en los pensamientos, observaciones y sucesos más comunes, surge un trasfondo cósmico que agrega otra dimensión, otra perspectiva para situar lo cotidiano dentro de un contexto más profundo.

En el poema “Tiempoespacio”, a diferencia de otros ejemplos donde las referencias cósmicas son breves e intervienen oblicuamente, el contexto espaciotemporal constituye el poema mismo.

² Renée Ferrer, *El resplandor y las sombras*, Arandurá, Asunción 1996, p. 61.





TIEMPOESPACIO

Me ubico en cualquier parte y es el centro.
Desde un arco visual parte la flecha
hacia un punto que vuelve a ser central.

¿El tiempo es sucesivo o superpuesto,
construye o significa eternidad?
¿Prisionera seré de cierto péndulo
o liberta de un siglo sin final?

En la ilímite faz de las galaxias,
antorcha peregrina, nada más³.

Este poema recuerda otro verso que en algún momento la poeta ofrece y que sintetiza un aspecto significativo de la contextualización cosmológica en su poesía: “El tiempo es un arcón de muchas cosas”⁴. Efectivamente la poeta trata temas tradicionales: la transitoriedad de la vida, todas las facetas de la experiencia humana y las cavilaciones de los misterios de la vida y la muerte y nuestro paradero final. Pero en poemas como “Ómnibus” y “Tiempoespacio,” nos da pauta a pensar, que todo fenómeno transcurre dentro de una infinita cadena —causal o espontánea— o sea, dentro de una contextualización cósmica. Esta visión, que relaciona lo íntimo y lo cercano de la experiencia humana con la vastedad del tiempo y el espacio, coincide con una importante función de la visión poética: expande la posibilidad de percibir el cosmos en la experiencia cotidiana e imaginar lo inimaginable.

Las frecuentes alusiones en *Peregrino de la eternidad* a los cuerpos y fenómenos celestes —“un lucero despeñado” (18); “años luz” (20); “los astros” (25); “un astro visionario” (29); “la luz sideral,” “la galaxia,” “las praderas insondables del espacio” (34-35)— ubica al peregrino plenamente en la inmensidad del espacio y crea un ambiente en el cual se intensifica la soledad de este solitario viajero. Pero en el breve poema “Ansia” se agrega otra dimensión a la del espacio y del tiempo: la necesidad de un aislamiento dentro del insondable espacio circundante para poder acercarse a las respuestas de las eternas preguntas de la humanidad:

³ *Ibid.*, p. 77.

⁴ Renée Ferrer, *De la eternidad y otros delirios*, Intercontinental, Asunción 1997, p. 68.





Necesito embriagarme de oquedades
apaciguar alondras fugitivas
en praderas de luz interminables;
olvidarme del tiempo y de las horas,
desconocer el paso.

Alejarme de todo cuanto quiero
y en callado y suspenso encogimiento
partir hacia los pozos del espacio.

Comprender los misterios abismales
y en los valles de estrellas extinguidas
esperar el silencio de mi ocaso.

Trascender de la tierra que me acuna
dejando como huella mis pedazos⁵.

Según el peregrino, esta necesidad de borrar las referencias espaciotemporales para poderlos trascender sólo puede suceder fuera de los confines terrestres. Antes de morir, el peregrino busca aislarse como un místico para facilitar el ambicioso deseo de iluminarse sobre los misterios de la creación y nuestro papel en la misma. Otra vez el peregrinaje espacial, una metáfora extendida para un vuelo de la imaginación, establece el nexo entre la enormidad física del cosmos y la complejidad de la psiquis humana. Este peregrino, como todos los seres pensantes que indagan los eternos enigmas metafísicos, emprende un viaje de descubrimiento por el cosmos de la mente.

En los poemas ya citados el peregrino atraviesa el espacio y el tiempo y los reconoce como infinitos, sin causalidad ni finalidad. En contraste directo, para nuestro planeta y la humanidad, la poeta sí concibe un principio y un fin definitivos. En el poema titulado “Planeta tierra”, evoca el nacimiento de la tierra en términos estrictamente físicos.

Los huracanes del tiempo
esparcieron tus cenizas y dormiste largamente,
en helada mansedumbre, tu quietud.

⁵ Renée Ferrer, *Peregrino de la eternidad*, op. cit., p. 27.





Pero estalló la aurora
y se hizo la vida
la más bella y dolorosa...

Amamantaron tus rocas
nuestro aliento,
tus posadas cobijaron nuestro andar,
se llenaron de antorchas tus contornos
y nuestra sangre, desde entonces,
ardientemente, comenzó a peregrinar⁶.

La creación del mundo, de la vida orgánica y del hombre, como aquí concebida, es derivada de un proceso netamente físico y químico sin ninguna sugerencia de una intervención divina. Si bien la causalidad queda omitida o negada en la contemplación del universo, aquí la poeta concibe una cadena de causas y efectos que progresa desde que la tierra era una flameante bola volcánica hasta que pudo dar a luz al ser humano, nutrirlo y encauzar su peregrinaje por el tiempo y el espacio. El apóstrofe, este dirigirse a la Tierra como progenitor de la humanidad nos recuerda la veneración incaica a la “Pachamama” (madre tierra): aquí se establece la tierra como escenario y testigo del milagroso principio de una prole que más adelante va a terminar catastróficamente.

En su libro *El acantilado y el mar*⁷, “Nace el planeta” es un poema todavía más logrado sobre los orígenes, pero refuerza la idea de la contextualización del tema en un panorama más amplio. La poeta regresa a una época prehistórica para visualizar la plasmación de nuestro planeta en los términos siguientes: “En archivos prefijados / de multiplánicos misterios / su flama recorre / y descubre / la soberbia soledad de la negrura, / la frente ensimismada de las estrellas” (14); y más adelante agrega: “La huella del sonido desfallece / en el vacío / sin siquiera rozar / los sueños siderales del silencio” (15); y finalmente, “Partecita minúscula de un dios despedazado, encontrado, de súbito, el giro de su órbita” (15). La tierra, tal como sucede con la humanidad que la habita, parece un huérfano, un hijo accidental, indeseado, solitario y perdido en la oscuridad de un vasto y oscuro espacio. La misma imagen se retoma frecuentemente en la poesía de Renee Ferrer

⁶ *Ibid.*, pp. 10-11.

⁷ Renée Ferrer, *El acantilado y el mar*; Arandurã, Asunción 1992.





y va sentando las bases de lo que se puede considerar como una contextualización cósmica, una manera de situar una temática de términos limitados dentro de un escenario absoluto y de mostrar que cualquier cuadro grande siempre se subordina al concepto de lo infinito.

En el libro *Sobreviviente*, se ligan treinta poemas dedicados a nada menos que una visión apocalíptica: los días finales de la especie humana. Pero tal como ocurre con la creación, no hay ninguna intervención del Creador en esta destrucción absoluta y final de la vida planetaria: “Todo es muerte y silencio. Sólo muerte y silencio”⁸. Si bien la aurora dio la chispa de la vida terrestre en *El peregrino de la eternidad*, aquí tiene que presenciar el final del peregrinaje del hombre: “Y sobre ese mar de voces / se alimentan las hogueras / del llanto inconsolable de la aurora” (59). El único sobreviviente del holocausto es el que está condenado a ser testigo del anonadamiento del mundo material y a recordar todo lo bueno que precedía el holocausto nuclear y que se perdió para siempre. “El saber que no hay tú y ninguna otra. / Nunca amor. Nunca beso. Nunca olvido. / Es saber que estoy solo para siempre, / acurrucado y tieso” (67). Esta conciencia humana que va a perdurar eternamente a fin de cuentas es el destino del peregrino de la eternidad: estar solo, consciente y para siempre.

Las referencias a los cuerpos celestes en *Sobreviviente* también cumplen con una función más amplia que el establecimiento de un valor simbólico o meramente descriptivo. Ante el aniquilamiento de la tierra por el hombre, en varios poemas aparecen los astros, la luna, “la láctea inmensidad con sus matices” y un satélite artificial (74) como los únicos testigos que acompañan al sobreviviente al presenciar la destrucción final de la vida terrestre. Pero cabe señalar aquí la idea de la inmensa distancia que separa al sobreviviente de estos cuerpos celestes, lo que refuerza la sensación de su soledad y su inutilidad de su esperanza. Que no se pierda aquí la ironía cósmica: la destrucción de la tierra es presenciada sólo por la luz emitida por estrellas —extinguidas seguramente hace miles de años luz— y por un satélite, huérfano inútil de una tecnología y una humanidad ya obsoletas. Las luces emitidas del espacio, ilusorias señales de vida, marcan la inevitable evolución de todo fenómeno en el universo.

⁸ Renée Ferrer, *Sobreviviente*, Torremozas, Madrid 1988, p. 58.





Si bien la poeta concibe en *Peregrino de la eternidad* que la creación de la tierra fue el resultado de una serie de reacciones químicas y físicas, sin aparente intervención divina, en el libro *Sobreviviente* se pinta la destrucción de la misma como consecuencia exclusiva de la naturaleza humana:

Pensar es el destino de los hombres.

El ojo omnipotente no interviene.
Sólo mira de lejos a sus sombras,
Sólo espera a lo lejos.

El sollozo de un dios, eso es congoja.

Te liberé la mano
Cuando nació tu tiempo planetario.
Escalaste peldaños de una senda
Que alguna vez me roza
Y te di algo único y doliente:
La voluntad de ser.
Sólo a tu ser responde este destino⁹.

El libre albedrío conferido por el omnipotente al hombre y la decepción de este mismo dios ante la auto destrucción de la humanidad, como conceptos archiconocidos y tradicionales en la poesía, se eclipsan aquí por el contundente distanciamiento que se crea entre este dios indiferente y el sobreviviente. “El ojo omnipotente no interviene. / Sólo mira de lejos a sus sombras, sólo espera a lo lejos.” También cabe señalar que este dios no tiene que ver con la creación de la humanidad, ya que no dice que la creó, sino que “nació tu tiempo planetario” (86), dejando entrever que el proceso fue biológico y no divino. Al contemplar a un dios nada omnipotente que no interviene para crear la tierra y la humanidad, ni mucho menos para salvarlas, a final de cuentas, quedamos ante un universo sin principio ni fin y ni siquiera un propósito. La disociación de Dios con su creación resulta en un vacío físico y espiritual que intensifica el aislamiento existencial y la desesperación del hombre sin ninguna esperanza de salvación. La búsqueda de la vida

⁹ *Ibid.*, p. 86.



eterna expresada en otros poemas aquí termina resultando sólo en una soledad eterna; un interminable viaje galáctico sin posibilidad de la deseada reunión final.

Tomando en cuenta la totalidad del panorama de los poemas referidos de estos libros de Renée Ferrer, se destaca un ser pensante solitario que percibe y reflexiona sobre los sucesos y las cosas físicas en su derredor. Pero se agrega una dimensión significativa: se procura contextualizar estos fenómenos dentro de un panorama cósmico, y el lector está consciente del virtual relativismo de todo acto, pensamiento y percepción; todo está situado y medido dentro de un contexto espaciotemporal. Las frecuentes referencias a la luna, a los planetas, a las estrellas, a las galaxias y al espacio no se limitan a servir como simples ambientes o telones de fondo. Al contrario, se crea una simbiosis entre la propia conciencia de la viajera espacial y el cosmos. Como se ha indicado, se forja la imagen de una peregrina solitaria en una larguísima y ardua travesía del universo hacia un posible encuentro con un creador que tal vez no existe, con el fin de trascender la vida material y de gozar una eterna vida espiritual.

La conciencia espaciotemporal no se limita a una mera ambientación anímica; más bien sirve para realzar el aislamiento de los peregrinos y la sensación de soledad frente a la enormidad de la búsqueda y la inmensidad del universo cognitivo. En esta poesía se contraponen la esperanza de una salvación eterna al fin inevitable de todo fenómeno físico. La imagen del Creador en sus poemas es ambigua, ya que no figura en la creación de la tierra ni en su salvación, pero no se pretende sugerir aquí que la poeta está exponiendo en estos poemas un tratado religioso o metafísico; ni mucho menos que está obligada a ser consistente en la formulación de lo mismo. Lo que sí se afirma es que el cosmos se presta para una poesía que explora incansablemente respuestas a las cuestiones fundamentales de la humanidad.

En el análisis final, llega al caso un pensamiento que se le atribuye a Albert Einstein: “Soy bastante artista como para contar libremente con mi imaginación. La imaginación es más importante que el conocimiento. El conocimiento está limitado. La imaginación circunscribe el mundo” [traducción mía]. Dentro de este marco de lo infinito y lo eterno, lo más probable es que el fin tan deseado de la viajera cósmica consiste precisamente en la exploración imaginativa del cosmos poético.

